

quieren a Dios, *pulchritudinis studium habentes*, son amantes de la belleza.

En Montfort Papurí, caserío del Vaupés de reciente fundación, pasa lo que tuvo lugar en Tours, en Rheims y en todas las ciudades de Europa: allí se ve un mundo de niños agrupados al rededor de los misioneros y de las religiosas que han ido generosos a establecerse allá en medio de tribus indígenas. En verdad — y hay que confesarlo, — al recorrer los numerosos y caudalosos ríos de Colombia, si se admira en el margen de cualquiera de ellos una lujosa vegetación, con todo no se encuentra otra cosa que llame la atención; monótono más bien y casi uniforme es el paisaje; luego, quien ha bajado por una de aquellas vías fluviales las conoce todas.

Sin embargo, en Montfort Papurí, se siente uno satisfecho, porque constata que esa regla general tiene excepciones y que una de estas corresponde a nuestra reducción. Allí, donde hace ocho años, solamente se adivinaba un montículo que ocultaba la tupida selva, hoy día se levanta un doble monasterio de hombres y mujeres, que separa una calle propiamente real y la Iglesia o casa de Dios. En Montfort, también, ha principiado el apiñamiento de las casas que surgen para formar la ciudad venidera.

La **perpetua reempezadora**, quiero decir la Iglesia, es la que en aquel centro nos llama la atención, la que allí como en todas partes, hoy como ayer, busca los pequeños, y en pos de ellos va, y en ellos se ocupa según aquello del Divino Maestro: *Sinite parvulos venire ad me*. Y esa labor la desempeña como su Divino Esposo Jesucristo por necesidad, por inclinación de corazón, — sin duda, — mas también por un principio de alta sabiduría, pues ella sabe que en el niño está el hombre así como en la bellota está el roble. De acuerdo con ese principio, debe el misionero obrar en todas partes, pero sobre todo en aquellas regiones en donde impera como déspota y desde siglos el enemigo implacable del linaje humano al cual la Iglesia combate sin tregua ni cuartel.

En efecto, el demonio, pues es él, no quiere salir ni dejar el puesto a otro sin disputarle su pretendido derecho. De ahí los combates que libran sus adeptos y esclavos para oponerse al Reino de Dios; de ahí también que armándose de paciencia e ingeniándose en hacer el bien, el misionero, él, va como Dios, a quien imita, multiplicando los beneficios; estos acaban por conquistarle la estima y por fin la confianza de los padres de familia, antes en guardia y aún hostiles, pues, ¿cuántas cosas no han oído decir a los enemigos irreconciliables de las misiones!